

‘El árbol de la vida’ es, de entrada, una extraordinaria reflexión sobre el sufrimiento humano, que te obliga a preguntar “por qué” durante el resto de tus días

JoserraAyllon.blogspot.com

Terrence Malick ha logrado una película de factura perfecta y belleza apabullante

[El árbol de la vida](#) es, de entrada, una extraordinaria reflexión sobre el sufrimiento humano, sobre la tragedia insoportable que te obliga a preguntar “por qué” durante el resto de tus días.

Pero es —también y sobre todo— la delicadísima oración de una madre con el corazón en carne viva. Aunque solo la he visto una vez, juraría que su asombroso guión está inspirado en **Platón, San Agustín, Pascal**... El Platón que reduce todo el quehacer filosófico a una meditación sobre la muerte. El Agustín del *fecisti nos ad Te, Domine*... El Pascal abrumado por la inmensidad del Universo, agazapado en un rincón del Cosmos, que solo reconoce dos tipos de personas razonables: las que aman a Dios de todo corazón porque le conocen, y las que le buscan de todo corazón porque no le conocen.

Lejos de **Stephen Hawking** y a años luz del radical **Richard Dawkins**, **Terrence Malick** no presenta a los seres humanos como primates que han evolucionado al azar, en un mundo donde solo les espera la muerte. Ha logrado, por el contrario, una película de factura perfecta y belleza apabullante, imposible de apreciar en pantalla pequeña. Una sinfonía de imágenes armada sobre el guión de un doctor en Filosofía por Harvard, capaz de enfrentar con solvencia las inmensas y eternas preguntas de todo ser humano.

José Ramón Ayllón